

Siguiendo el rastro

Una lectura de 'Huellas- Antología 1996-2017' de Jorge de Arco

CECILIA DOMÍNGUEZ LUIS

Cualquier antología no es inocente porque entran en juego, no solo el conocimiento de la obra completa del autor antologado, sino, también criterios de calidad y por supuesto, la subjetividad del antólogo.

Y cuando se trata de la propia obra, el trabajo es aun más arduo y difícil. Primero, porque requiere una relectura de todo lo escrito y, segundo, porque junto a esta relectura es imprescindible un ejercicio de retrospección e introspección, es decir, tenemos que retroceder a ese momento de la creación de cada uno de los textos y reflexionar sobre qué circunstancias, tanto vitales como poéticas, nos llevaron a escribir ese o aquel poeta, este o aquel libro. Y, después, nos toca elegir cuál o cuáles de ellos son los más representativos.

La contrapartida la tiene siempre el lector que, como destinatario de dicha antología, consigue seguirle el rastro y tener una visión de la trayectoria poética, con sus luces y sus sombras del autor o autora.

En el caso de *Huellas*, la antología del poeta Jorge de Arco, editada por Ars Poética, en la bella colección *Beatus Ille*, supuso el descubrimiento- en mi caso - o el reencontro en los que ya lo hayan leído, con un poeta que hace de la memoria su mejor herramienta para la búsqueda de sí mismo. De ahí que el título, *Huellas*, nos sugiera esas señales del pasado, que quedan en el camino y que Jorge intenta rescatar para convertirlas en objeto de su búsqueda vital y poética. Podría hablarse de la memoria de la poesía o de la poesía de la memoria.

El mismo afirma, en su Palabras para "*Huellas*", que

«vivir es ver volver»

Las huellas no siempre son ajenas al dolor y a la pérdida, pero tal vez, por eso, sean más necesarias, el poeta pretende, y así lo dice en su poema inicial: *Retomar lo vivido sin dejarse atrapar/por el sosiego terco y liviano del tiempo.*

Esa intención poética la vamos corroborando a lo largo de los ocho libros recogidos en esta antología, en el que inicia su viaje a través de la memoria.

Todo inicio de viaje vital tiene, necesariamente, que empezar por la infancia, y así lo hace el poeta en un bello *20 de febrero*, en el que recrea una infancia en el regazo de su abuela, de geranios y azaleas, de desvanes secretos y deseos de lunas y que termina con dos hermosos versos:

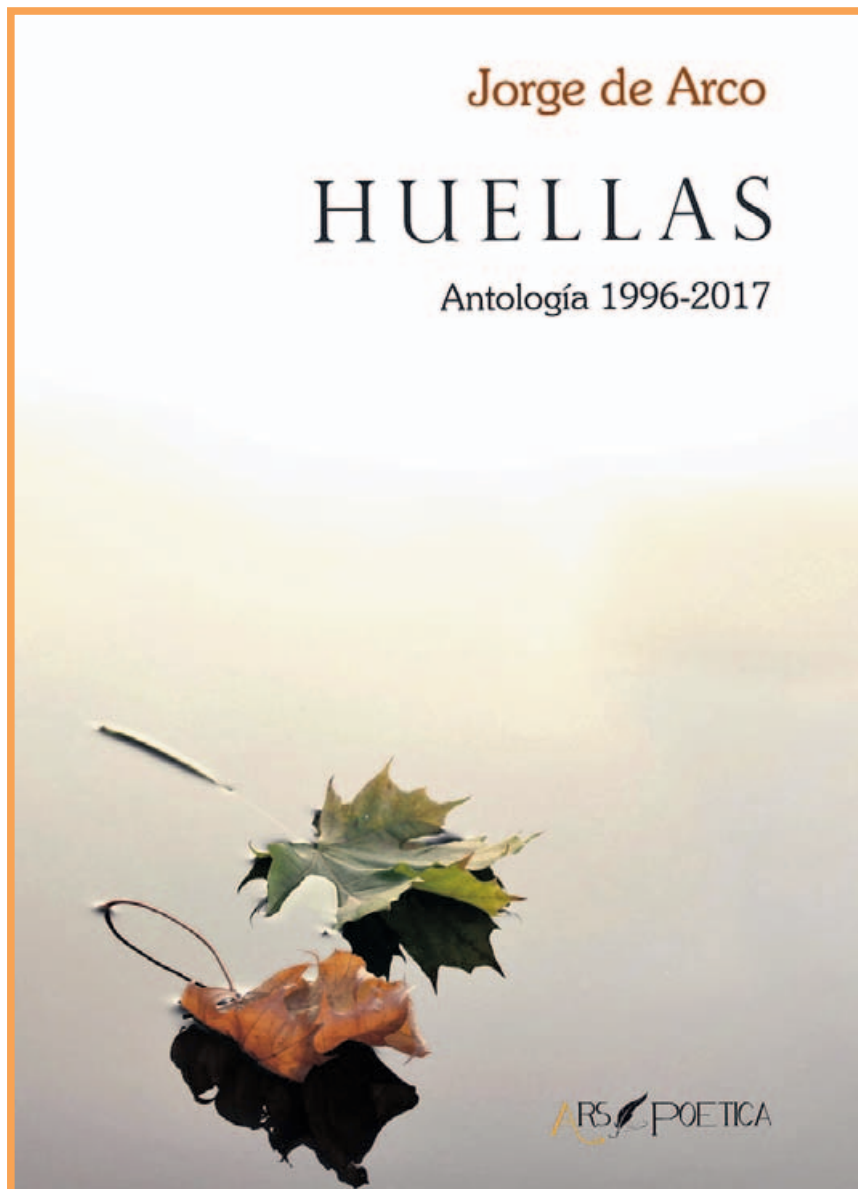
Éramos niños.

No nos cupo el dolor entre los párpados.

La poesía de Jorge de Arco, aparte de la memoria, es una poesía de espera, no de esperanza, que es algo diferente, en ese *Lenguaje de la culpa* en el que nada parece pertenecerle pero que, tal vez por eso, se anhela con mayor vehemencia. Y que, en los poemas de amor de *De Fiebres y desiertos* parece acariciar la piel del paraíso, con la presencia de un "alguien", que, si al principio da la impresión de ser más bien el deseo de una realidad que la realidad misma, al final, con el amor hecho presencia, ese deseo se transforma en un encuentro, donde sujeto y objeto se funden en una unión de gran fuerza erótica.

*Condéname a tus manos,
consume mi delirio,
y reo de tu sexo
no me concedas ya nunca
clemencia.*

En *La constancia del agua*,



Jorge de Arco (1969) es doctor en Filología Hispánica por la Universidad Autónoma y licenciado en Filología Alemana por la Universidad Complutense. Profesor Universitario de Literatura Española e Hispanoamericana, imparte talleres de Escritura Creativa centrados en el ámbito de la Literatura Infantil y Juvenil. Es autor, entre

otros, de los poemarios: *Las imágenes invertidas*, *Lenguaje de la culpa* premio «Ciudad de Alcalá»; *De fiebres y desiertos*, premio «Comunidad de Madrid de Arte Joven»; *La constancia del agua*, *La casa que habitaste*, Premio «San Juan de la Cruz»; *Las horas sumergidas*, premio «José Zorrilla» y *La lluvia está diciendo para siempre*.

un título que, a primera vista nos resulta paradójico, el poeta, a través de esa imposibilidad de retener el instante, que se nos escurre como agua entre los dedos que *se llevaron mis besos más allá/de aquel río inocente*, nos lleva a la certeza de que el Agua es el hombre, que indefectiblemente, como gota de lluvia caerá, algún día en el inmenso océano de no ser.

Estamos en el ecuador del libro, en el que nos encontramos ante *La casa que habitaste*.

Ya el título nos suena a ausencia y nos predispone. Y es que, en este libro está la memoria de lo que ya fue, pero también de lo que no será porque «Mi corazón ya late en otra casa».

Se recuerda lo que se ha perdido, y lo que añora, en un

extenso y bello poema, titulado *Hijos del alba*, que el poeta concluye maldiciendo *el duelo de ser hombre y ser condena*.

Quizá, en mi opinión, sea el libro más desesperanzado de esta antología y que constituye un punto de inflexión entre los poemas anteriores y los por venir.

Así, en *Las horas sumergidas*, libro que se inicia con una esclarecedora cita de Han Yu: « Quien se siente en el fondo de un pozo para contemplar el cielo, lo encontrará pequeño», el poeta se reconoce en ese yo del ayer que ha propiciado ese yo que ahora lo contempla. Esto le sirve para reforzar su mirada en el presente, aun sabiéndose hijo del tiempo, o tal vez, precisamente por eso.

El tiempo que logra detener y hacer presente jubiloso gracias al amor, cuyo poder afirma en poemas como el que contiene estos versos:

*Tu falda abierta
es el brillo amante de un arco iris,
el latido incesante que se anilla
al fulgor de los astros.*

Una reafirmación en el hoy que se hace más patente si cabe en los dos últimos libros antologados: *La lluvia está diciendo para siempre*, y *El sur de tu frontera*, donde el poeta, que hace inventario de lo vivido, se busca en la inocencia y en el descubrimiento, y eso lo hace unirse a lo universal, a sentirse parte de ese mundo que le ha tocado vivir y amar y que, tal vez se resume en un haiku, el único de esta antología en el que dice:

*En mi azotea
persiguen los vencejos
tus ojos verdes.*

Jorge de Arco, con un gran sentido del ritmo poético y un manejo sutil y efectivo de la metáfora, a lo largo de este libro de hallazgos y pérdidas, nos ofrece una excelente muestra de su poesía, que nos hace volver los ojos hacia *la piel serena de su paraíso/ el sol común de nuestro/milagro* ■